

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

FIESTA EN LOS ALTOS CORAZONES

- Hace poco escribí un cuento donde un personaje decía algo como que somos clones de infinitos clones, provenientes de un pasado que se niega a morir, quizás porque estando muertos va a perderse lo agradable de la vida... la calle, la gente, los árboles, los paisajes. Y creo que está equivocado: la vida se hace hermosa gracias a la presencia perturbadora y lejana de la muerte. La muerte indica que hay un tiempo, y que ese tiempo debe ser aprovechado. Sin la muerte, no existiría el pasado, el futuro, el presente. Nada importaría, y todo sería tan tenue y extenso como la muerte misma.

Estaba drogado. No estaba seguro si me encontraba en casa, escribiendo esto, o en aquella camioneta camino a la Fiesta en la Residencia de los Altos Corazones.

Sin embargo no me interesó pensar en ello, y me sumergí en el diálogo con mi hermana.

La misma estaba abrazada a su novio, todos embarcados en una gran camioneta blanca, camino a ver al hombre afeminado más gracioso que jamás nadie haya visto.

- Sigo escribiendo esos cuentos de Tammerlane... Planeo que para mitad de año voy a tener la primera tanda importante con la cual salir a buscar un editor para la serie... Se me están ocurriendo muchas ideas. Debe ser por la droga.

- Basta, Federico. Te dije que la cortes con eso! – me dijo ofendida.

Cuando Florencia salía con aquellos arrebatos, recién ahí redescubría que le estaba contando todo a una hermana, y era un error. Los errores de ese estilo se terminan pagando con toda una familia enterada de los más oscuros secretos de uno.

- Se me ocurrió una historia nueva. Es más: recién acabo de tener la idea. Creo que puede funcionar: es un muchacho que tiene la teoría que utilizando cierto tema musical durante las peleas de pareja, cuando todo se

acabe ella volverá al instante de escuchar el tema por casualidad en cualquier lado. Las somatizaría con extrañarlo. Qué dicen?

La camioneta corría veloz. Muy veloz. Nos movimos a un lado y otro, ahí, tirados en el piso. Johann estaba agarrada de los asientos delanteros, con su culo expuesto al punto que ya me estaba haciendo amigo de él. Delante, el conductor, un amigo del conductor y mi otra hermana, Mónica.

- Si hace eso, siempre va a estar con la misma novia. – por fin decretó Florencia.

- Tenés razón. – dije, y realmente me sentí cansado.

Miré alrededor mío. Eran las 21:03 de la noche, en el encierro de mi cuarto, con un mosquito picándome la cintura aprovechando de mi distracción mientras que escribo esto.

Tenía que decidirme: levantarme e ir a llamarla por teléfono para verla, levantarme, ir a comprar tarjeta de celular para responder el mensaje de la otra por la que de alguna forma esperé tres meses, seguir escribiendo esto hasta el final, y perderme el resto, o terminar lo más pronto posible esta incoherente historia y llamar mi chica para un nunca más, y responder el mensaje a la otra.

Lo pensé.

“Ya que estoy...”, tipeé entre comillas, como para que se entienda que lo pensé. “Ya que estoy, termino esto, y hago el resto.”

Es más fácil hacer un cuento que la vida real y sus múltiples opciones cotidianas.

Pasamos por un peaje, y el conductor recordó una anécdota en donde se había perdido con un grupo de amigos, con la misma camioneta, rutas adentro.

- Nos perdimos? – llegué a preguntar, a sabiendas que no, pero algo me dijo lo que finalmente pasó...

- Nos perdimos.

Mónica desenfundó su gran celular de dos kilómetros, pero que cabía en la palma de su mano, y se comunicó con el rey de la risa entre amigos.

- Es increíble como se acaba una noche con tan sólo perderse en una ruta. Tantas fiestas terminaron así. Muerte a las rutas! – bromeé.

- Qué decís? – me dijo Florencia, adormecida, en un rincón de la camioneta, con los pantalones bajos, defecando.

Aunque la verdad, eso no pasó. Pero queda bien, por lo menos con el estilo de estos cuentos, por lo menos de este: poder crear un ambiente extraño, demente, drogadicto.

No, drogadicto no. Que decidan si es drogadicto o poesía surrealista ellos mismos.

- Qué estás haciendo, cagando ahí?! – le pregunté sorprendido, mostrando mis dientes, con la luz de mi teléfono apuntando a mi mentón.

- Adaptándome al medio. Hace horas y horas que estamos acá adentro, tantas horas que pasamos soles y soles. Tenemos suerte que el crédito del teléfono de Mónica es interminable.

Mierda! Estoy fumando como un perro! Tengo que dejarlo ya! Hice algunas promesas, promesas que después termino negando, y vuelvo a lo mismo de siempre: seguir fumando.

Pero esta vez, prometí algo muy especial. Y como todo deseo especial, no pienso contarlo.

Por eso, en vez de distraerlos, vuelvo a lo que estaba.

Todos se desesperaron por ver. Al fin, llegamos a alguna parte de alguna ruta, y en unos instantes, el hombre que pretendía ser femenino llegó con su gracia habitual.

- Ahí viene!

- Ahí está!

- Es él!

Y el musical se desató.

Fiesta, papel lloviendo del techo. La música acelerada, la orquesta penetrando en nuestros oídos, clavándose en nuestro cerebro, y entregando el impulso al baile del hombre de las plumas.

Nos rendimos en nuestras rodillas de trajes o vestidos negros, y con nuestros peinados y sonrisas dijimos...

- Él es Luisa!!!...

Y el glamour surgió en escena.

Lo cierto es que me pareció muy gracioso llegar a tal lugar, tal recibimiento, y cuando las puertas de su famosa casa de fin de semana se abrieran, no encontráramos a nadie más que a nosotros mismos y un gran signo de pregunta en el medio de la habitación.

- Por qué se llama Altos Corazones? – pregunté, sirviéndome de una botella de algo alcohólico que de alguna forma había llegado a la mesa.

- Porque son altos. – respondió Luis... o Luisa.

Todos rieron.

Miré a Florencia y Esteban y ellos no lo hacían. Les estaba por preguntar la gracia, cuando me distraje con el novio de mi hermana abriendo y cerrando el paraguas.

Y se me ocurrió una idea.

- Un pibe que va a todas las fiestas, simplemente para abrir y cerrar el paraguas. Les gusta?

- Entraría en el estilo de "El Último Brote"?

No respondí. A veces molesta saber que ciertos recursos se acaban.

Pero eso también es bueno: cuando uno pierde los recuerdos, surgen historias como estas, recreos que el autor se toma para explicar que lo único que le queda en la cabeza es el desorden.

Y realmente estaba desordenado. Mi vida era un verdadero desorden, que como único orden tenía los horarios de trabajo en un local de discos. El resto era una locura, locura misma que de alguna forma fui depositando en cada uno de los cuentos, por medio de aventuras imaginarias y ajenas.

Y puede ser un poco circular, pero volviendo al tema de inicio, la escritura era tan desordenada como la llevaba que vida, y para poder sobrellevarla, no podía parar de escribir.

Me colgué.

Miré el monitor por un rato, y la música de la computadora me mantuvo en descanso.

Volví y escribí esto.

“Fiesta en los Altos Corazones”

A quién se le ocurría un título como ese? Qué podía pasar allí dentro de esas páginas, salvo una historia de un crimen en una casa de fin de semana, o algo tan inestable y pop como esto que vengo narrando.

Miré nuevamente alrededor, y se me hizo tarde. Tenía que llamar, y mandar un mensaje, y dormir, e ir a lo de un amigo. O,... no sé,... todo junto.

- Qué mierda es lo que decís?! Estúpido! Todos son unos estúpidos. – dijo a los gritos, la misteriosa chica que dormía en uno de los tantos cuartos.

Se había levantado, presa de la furia, cuando Luisa, entre anécdotas de droga y sexo, recordaba que en un cuarto descansaba una dama drogada con la cual casi tuvo sexo.

- Andá a dormir, perra! Andá a dormir que me estás partiendo la cabeza con tus gritos! No te das cuenta que estás quemando la fiesta?

- No existe tal fiesta, no existe nada! Y tampoco los Altos Corazones. Esto pasó, pero pasó de otra manera!! Y como esto es un cuento puedo gritar lo que quiera.

- Un momento! – dije levantándome del sillón. – Esto pasó tal cual!

- No es cierto!

- Sí pasó.

- Tengo una forma de probarlo. – me dijo, calmándose. – La forma es clavándote esta daga.

Cuando miré a mi estómago, el filoso metal ya había penetrado mi carne. Caí muerto al piso.

- Tenía razón. No pasó tal cual. Era una alteración, sino no estaría vivo. Sino no estaría escribiendo esto, con todos los malditos problemas a mi alrededor.

Me quise poner de pie, pero no pude porque estaba escribiendo “me quise poner de pie”.

Tenía muchas cosas que hacer, estaba drogado, ya eran las 21:39, y si no le encontraba un remate a este cuento, me iban a encontrar a la mañana siguiente, aún prendido del teclado.

- “Fiesta En Los Altos Corazones” es un buen título para un cuento que no diga nada. – le dije a mi hermana, de vuelta, camino a nuestros respectivos hogares.

Atrás quedaba el Ser “fiesta” más extraño que jamás haya visto, la chica loca que se despertó, la casa de fin de semana de no sé que nombre y un manojo de ideas que no sabía donde poner.

Cuando aterricé en casa, anoté todo en un papel, y este maldito pasado me hizo cargo de unir tantas incoherencias posibles en estos tiempos reinantes de desorden, para escribir en el momento justo en que no quiero aceptar tomar

la decisión final de lo que siempre estuve esperando y de lo que sobreviviría según mi alma se demuestre como sea.

Y qué hacer en tiempo de ganas de no hacer nada, cansado de elegir, generalmente mal, y muchas veces desear? Qué hacer después de ser tan autodestructivo o fantasioso y que todo siempre termine por desaparecer?

Mejor, buscarle la vuelta para que esta historia valga al menos la pena. Así que...

Cuando sucedió el crimen de la chica que dormía, allá, en los Altos Corazones, los ocho sospechosos nos vimos a la cara, y nos preguntamos quién había sido el culpable de acuchillarla por la espalda y robarle las alhajas. Y por primera vez puse a prueba si realmente creía en la inocencia de mis hermanas y quienes nos rodeaban.

Y aquí comienza, querido lector, un cuento de suspenso que jamás pude escribir...

Hasta luego.

FIN

HISTORIAS DE TAMMERLANE ES © 1998 – 2006 FEDERICO TARÁNTOLA

federicotarantola@yahoo.com.ar

aceitedecastor@yahoo.com.ar

www.tammerlane.com.ar